

# ECOS DEL CENTENARIO DE MENENDEZ PELAYO

La celebración del centenario de don Marcelino ha tenido en el ámbito nacional una resonancia insospechada. Se han prodigado por todas partes los elogios y los homenajes. Discursos en ateneos y centros de enseñanza media y universitaria; revistas y periódicos con páginas y hasta números enteros llenos de artículos, crónicas y sueltos dedicados a la memoria del gran maestro; monografías y ediciones antológicas sobre diversas facetas de su rica personalidad o de su vastísima obra literaria; festejos nunca vistos en su ciudad natal, monumentos conmemorativos, y, por encima de todo, la edición nacional de sus obras, que precisamente está llegando a su fin en los días del centenario <sup>1</sup>.

Fruto sazonado de esta conmemoración centenaria habrá

---

<sup>1</sup> Para darse cuenta de los festejos y publicaciones del centenario, véanse los diferentes números de ARBOR (1955-1957), donde en la sección de «Crónica cultural española» se hallarán recogidas muchas noticias. También cfr. «Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo», de Santander e «Índice Cultural Español», publicación mensual de la Dirección General de Relaciones Culturales. Madrid.

Entre otros números extraordinarios, publicados con motivo del centenario, es muy notable el de «Arbor» (Julio-Agosto, 1956, núms. 127-128) con artículos de Pemán, Dámaso Alonso, Ramón Ceñal, Manuel Fernández Galiano, J. M. Millás Vallicrosa, Vicente Palacio Atard, José Camón Aznar, Bernardino Llorca, R. Oliver Bertrand, Enrique Sánchez Reyes, Jhon E. Englekirk, Mario Penna, Juan Roger, José M. Viqueira y José Simón Díaz, este último con una reseña bibliográfica muy completa *de y sobre* Menéndez Pelayo, desde 1939 hasta 1955. También es importante el extraordinario de «Humanidades», de Comillas. En él figura un artículo del P. Camilo M. Abad sobre «*Menéndez Pelayo humanista*» (cf. «Humanida-

de ser una admiración más entusiasta hacia la persona del polígrafo santanderino y un amor más leal y eficiente a su ideario doctrinal.

Sin esto, el homenaje, que a Menéndez Pelayo acaba de tributar España, no sólo resultaría efímero y sin sentido, sino que hasta podría interpretarse como un fracaso de quienes, llevados de la mejor voluntad, han impulsado su celebración, como medio de oponer, en la figura gigante de don Marcelino, con su concepción espiritualista de la cultura, un dique de contención a esas corrientes que, sin más horizontes que los de un crudo y solapado materialismo, con sus programas a ras de tierra, amenazan encenagar los tesoros de civilización heredados de nuestros mayores.

#### CAUDILLAJE INTELECTUAL DE MENENDEZ PELAYO

En realidad, pocos habrá, como don Marcelino, capaces no sólo de contener el error, sino también de encauzar, dirigir y acaudillar a la juventud estudiosa de nuestros días. Su vida y su doctrina son a la vez faro y meta de los espíritus que sueñan en la conquista de nobles ideales. No en vano la Jerarquía de la Iglesia Española proclama en documento reciente la eficacia de su magisterio en la actual coyuntura de la patria, lo mismo que lo hiciera a raíz de la guerra española el hoy arzobispo de Granada Dr. D. Rafael García y García de Castro en su libro *Menéndez Pelayo, el sabio y el creyente* (Madrid, Ediciones Fax 1940), y mucho antes, su gran admirador, Arturo Farinelli, cuando en 1912 lo presentaba al mundo como «maestro y educador de una nación entera..., caudillo, por voluntad de Dios, de todas las falanges de estudiosos de su

---

des», VIII, 1956, 9-12). El mismo P. Abad había ya escrito sobre el mismo tema, en «Razón y Fe» (36, 1913, 5-20; 38, 1914, 33-41; 413-427) con ocasión del primer aniversario de la cristiana muerte de don Marcelino. Más denso aún es el número que dedicó «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos de Madrid, enero-abril de 1956, con participación de numerosas firmas, algunas de primera categoría, y el volumen XXXII del «Boletín de la Bibliografía de Menéndez Pelayo» (Santander, 1956, pp. 342), todo él dedicado a exaltar la memoria del gran santanderino.

patria..., con una potencia de trabajo que era la de diez academias juntas»<sup>2</sup>.

Carrera sin igual la suya por lo brillante y lo rápida.

Aquel mozo montañés dejó admirado al público de su tiempo por sus dotes excepcionales. Dotado de precoz talento, memoria prodigiosa, afición desmedida e ilimitada resistencia para el trabajo, pronto descolló entre sus discípulos.

A los doce años lee con soltura y fruición los escritores latinos en su texto original<sup>3</sup>. A los trece, interviene con honor en un acto académico con un estudio sobre la inmortalidad del alma inspirado en las *Tusculanas* de Cicerón<sup>4</sup>. A los catorce, prepara algunas de las traducciones de poetas latinos que pasan luego a la imprenta<sup>5</sup>. A los quince, ufano con el título de bachiller brillantemente obtenido, es la admiración de sus compañeros y maestros por la seguridad y soltura con

---

<sup>2</sup> Con fecha 1 de abril de 1956 publicaron los Metropolitanos Españoles una declaración colectiva sobre la *Misión de los intelectuales católicos en el momento presente*. En uno de los párrafos finales dicen: «Es un honor de nuestra España que en ella no hayan florecido escuelas heterodoxas, como lo demostró el gran historiador de la cultura española MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO, cuyo centenario estamos este año celebrando. EN ÉL TIENEN UN GRAN MAESTRO Y MODELO LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES. ASOMBROSA SU LECTURA DE AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS, GRAN AMPLITUD DE CRITERIO, CARIDAD Y DIGNIDAD EN LAS DISCUSIONES, PERO FIDELIDAD INQUEBRANTABLE A LA HORTODOXIA DE LA FE Y AL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. IMÍTENLE LOS INTELLECTUALES CATÓLICOS EN SU VOCACIÓN AL ESTUDIO, LOS UNIVERSITARIOS EN EL RESPETO Y VENERACIÓN QUE TUVO A SUS MEJORES MAESTROS, EN SU NOBLE MAGISTERIO DE PROFESOR Y DE ESCRITOR LOS PROFESORES Y ESCRITORES» (Cfr. *Ecclesia*, 21 de abril, p. 14 [450] año XVI).—ARTURO FARINELLI, en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 1923, p. 2.

<sup>3</sup> CEDRUN, *La niñez de Menéndez Pelayo*, pp. 16-17. Madrid, 1923. En general, para los datos biográficos, consúltese la biografía crítica y documental que acaba de publicar don ENRIQUE REYES, *Don Marcelino. Biografía del último de nuestros humanistas* (Santander, 1956, pp. 408). Yo la he recibido cuando estaba ya este artículo en la imprenta.

<sup>4</sup> IDEM, o.c., pp. 20-22.

<sup>5</sup> *Obras compl.* LXI, pp. 325-334. Madrid, 1955.

que recita de memoria páginas enteras de autores clásicos y la elegancia con que compone versos latinos <sup>6</sup>.

Y no es esto sólo. Su *cursus honorum* lleva una marcha nunca tal vez igualada. Doctor a los dieciocho años, catedrático de la Central a los veintiuno, académico de la Lengua a los veinticuatro, de la Historia a los veintiséis, había ya para entonces asombrado al mundo con varias de sus obras maestras <sup>7</sup>.

Monstruo de la naturaleza como Lope <sup>8</sup>, como él entra en el regio alcázar de la fama en alas de la admiración y hasta de la envidia provocada por la aparición vertiginosa de sus obras, impropias por su madurez y hasta por su envergadura de un joven casi imberbe. En 1877, cuando aún no había cumplido sus veinte años, aparece su primer libro, *Horacio en España* <sup>9</sup>. En 1880, a sus veintitrés años cabales, lanza al público los dos primeros tomos de la *Ciencia Española* <sup>10</sup>, obra que deja maravillados a los más sesudos escritores de su tiempo. Luego, en sucesión ininterrumpida, *Calderón y su teatro* <sup>11</sup>, *Historia de las Ideas Estéticas* <sup>12</sup>, *Estudios sobre Lope* <sup>13</sup>,

---

<sup>6</sup> Cfr. *Obras compl.* LXI, 352. Laverde decía de él: «este mozo vale por un ejército». Le llamaba *el niño del milagro, la novena maravilla del talento*.

<sup>7</sup> ARTIGAS, *La vida y la obra de Menéndez Pelayo*, pp. 22-45, Zaragoza, 1939.

<sup>8</sup> Idea expresada por Dámaso Alonso: «*La literatura española ha tenido, pues, dos monstruos de la Naturaleza, uno Lope y otro don Marcelino*», cfr. «*Arbor*» XXXIV (1956), 334, y antes, por R. García y García de Castro, que le calificó de «varón justo y sapientísimo, príncipe de nuestras letras, oráculo de una generación de sabios y de quien podemos decir, como se dijo de Lope de Vega, que *fué un monstruo de la naturaleza*». Cfr. *Los apologistas españoles (1830-1930)*, Madrid, 1935, p. 157.

<sup>9</sup> MENENDEZ PELAYO, *Horacio en España* (Traductores y comentarios. La poesía horaciana: Solaces bibliográficos). Madrid, Edit. Medina (s. a., 1877). Su composición data de los años de estudiante.

<sup>10</sup> En realidad la edición del primer tomo de la *Ciencia Española* corresponde al año 1876 (Madrid, Impr. V. Saiz). En esta edición se incluyó una *Noticia de algunos trabajos relativos a los heterodoxos españoles*. La edición de 1880 es la segunda y fundamental (Madrid, Edit. Victoriano Suárez).

<sup>11</sup> Madrid, Libr. Murillo, 1881.

*Antologías de poetas líricos* <sup>14</sup>, *Antología de poetas hispano-americanos* <sup>15</sup>, *Orígenes de la novela* <sup>16</sup>, *Estudios literarios* <sup>17</sup>, *Bibliografía hispanolatina* <sup>18</sup>, *Biblioteca de traductores españoles* <sup>19</sup>, etc. Y junto con estas obras, capaces de por sí de inmortalizar a varios escritores, una serie interminable de escritos, discursos, prólogos, cartas de temas científicos o literarios, cuyo recuento sería fatigoso. Y todo con una sinceridad, una elegancia, un garbo, un dominio de la idea y de la frase que, a pesar de la honda transformación que han sufrido los gustos literarios, las páginas de Menéndez Pelayo no dejan de cautivar el ánimo de los lectores de nuestros días.

Ciertamente que quien así escribía había recibido de Dios dotes naturales extraordinarias y con ellas una misión providencial, la de defender la cultura española y encauzarla por los caminos de la verdadera gloria. El gran mérito de don

---

<sup>12</sup> Publicadas en Madrid en la *Colección de Escritores Castellanos* (tomos: 10, 19, 38, 41, 61, 72, 92). Imprenta A. Pérez Dubrull 1883-1891.

<sup>13</sup> *Lope de Vega y Grillparzer*, en «La España Moderna», diciembre de 1894, pp. 84.

<sup>14</sup> Los tomos de esta antología aparecieron en la «Biblioteca Clásica». Edit. Vda. de Hernando (tomos: 136, 149, 160, 171, 188, 196, 205, 208, 209, 211, 213, 214, 220). 1890-1908.

<sup>15</sup> La *Antología de poetas hispanoamericanos* apareció de 1893-1895 en Madrid, Tip. Rivadeneira, en cuatro tomos.

<sup>16</sup> Los tomos correspondientes a los *Orígenes de la novela*, salieron en la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles», Madrid, Edit. Bailly-Bailliere, 1905-1910.

<sup>17</sup> Los estudios literarios son una serie de ensayos, discursos, preámbulos, etc., que fueron apareciendo en diferentes editoriales y que ahora la Edición Nacional ha recogido en siete tomos (VI al XII) bajo el epígrafe de *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*. Madrid, 1941-1942.

<sup>18</sup> La *Bibliografía Hispano-Latina Clásica* se fué publicando primero en pliegos sueltos en la «Revista de Archivos y Bibliotecas» hasta 1902, pero sólo hasta el artículo Cicerón exclusive; a partir de este artículo la parte inédita aparece por primera vez en la Edición Nacional. Madrid, 1950-1953, tomos XLIV-LIII.

<sup>19</sup> Comprende los tomos LIV-LVII de la Edición Nacional, donde aparece por primera vez. Madrid, 1952-1953.

Marcelino fué haber sabido corresponder con heróica abnegación a los designios de la Providencia, siendo por su vida y su programa ideológico dechado vivo y ejemplo estimulante de escritores y pensadores católicos.

Lain Entralgo, en uno de sus últimos discursos, ha hecho hincapié en este aspecto ejemplar del polifacético Menéndez Pelayo <sup>20</sup>. Ha recalcado la idea de que nuestra vida intelectual, para llegar a una aceptable perfección, debe ser *seria, española y católica*. En síntesis, tres cualidades que resaltan en la vida y en la actividad incansable de don Marcelino.

Ante todo su condición de católico.

Muchas profesiones de fe sincera y ardiente atesoran sus escritos. Ninguna, posiblemente, tan gallarda y expresiva como la que consigna en su primer volumen de la *Ciencia Española* y precisamente en el momento en que, dejada la adolescencia, entra en su mayoría de edad: «Soy católico —dice— no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos, y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna. Soy católico, apostólico, romano, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquier forma que se presenten, sin rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso» <sup>21</sup>.

Y ¿qué decir de su amor acendrado a España, tan profundo, que transpira por todas las páginas de sus obras y por todos los poros de su ser? El obispo de Málaga, Mons. Herrera Oria, le ha considerado como un enviado de Dios, con la misión providencial de despertar la conciencia nacional de los

---

<sup>20</sup> LAIN ENTRALGO, *La cultura española en el deseo de Menéndez Pelayo*. Se ha publicado este discurso en «Publicaciones de la Universidad de Madrid»: *Homenaje a Don Marcelino Menéndez Pelayo en el primer centenario de su nacimiento*, Madrid, 1956 y en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», Madrid, enero-abril, 1956, pp. 7-12.

<sup>21</sup> SANCHEZ DE MUNIAIN, I. En las citas de Menéndez Pelayo utilizo para mayor brevedad y comodidad la *Antología General* de la BAC., consignando el número que el texto lleva en dicha *Antología*. Allí podrá encontrar quien lo desee la referencia directa de las obras de Menéndez Pelayo.

españoles, dormida y embotada por ignorancia y desidia, y deformada por las influencias sectarias y por las mezquinas pasiones banderizas <sup>22</sup>.

Es contagioso el calor y entusiasmo con que don Marcelino habla de su patria. Refiriéndose, por ejemplo, al temple indómito de la raza hispánica, dice: «...es tal la fuerza de resistencia que posee nuestra raza, que aun en las condiciones más ominosas da muestras de su ingénita nobleza, y tarde o temprano, vuelve a afirmar su nativa independencia y su propio y peculiar carácter» <sup>23</sup>.

Habla también del despejo, gracia y viveza del genio español <sup>24</sup> y le considera dotado de un ingenio abundante, que fácilmente desperdicia y derrocha subestimando su propia valía <sup>25</sup>.

Esta valoración de las cualidades del genio de la raza no le ciega. Con objetiva fidelidad confiesa igualmente sus defectos y también los valores positivos de los pueblos que le rodean. Es muy significativo el siguiente texto de la *Historia de las Ideas Estéticas*: «¡Singular bazarria y desenfado del ingenio español, siempre reclamando su libertad y siempre propenso a ensanchar los límites del arte! En él la insurrección es estado natural y congénito, como lo es en el ingenio francés el espíritu de orden, de reglamentación y disciplina» <sup>26</sup>.

En cuanto a la seriedad del trabajo de don Marcelino, ahí están sus obras, revelando una actividad incansable y valiosa. Esto no pudo realizarse sin una dedicación seria y sin una renuncia constante de gustos y pasatiempos. Es posible que con el tiempo pase el interés histórico de sus noticias y hasta que sean superados algunos de sus juicios, pero de todas formas su obra seguirá pregonando al mundo la labor de un hombre que se enfrentó con arduos problemas de historia y crítica literaria, dándoles un enfoque y una solución atinada.

---

<sup>22</sup> HERRERA ORIA: *Prólogo a la Antología General* de la BAC., p. 57\*, Madrid, 1956.

<sup>23</sup> SANCHEZ DE MUNIAIN, 1045.

<sup>24</sup> Id., 1017.

<sup>25</sup> Id., 1018.

<sup>26</sup> Id., 1019.

Precisamente en el predominio de lo histórico y de lo crítico que se nota en la obra de Menéndez Pelayo —tarea a la que él conscientemente se dedicó con preferencia a otras en las que podía haber brillado sin tanta fatiga— tenemos una prueba de la seriedad de su trabajo. En sus años juveniles despuntó, como capullo que se abre a las más halagüeñas esperanzas, su fino gusto literario. Podía haber seguido este camino; mas él renunció a ser puramente literato, para darse de lleno a estudios de más abnegación y de más fuste científico. El lenguaje lo toma él —voy siguiendo al Prof. Sánchez de Muniáin— como antorcha, como arado, como espada; nunca como joya ociosa y adorable <sup>27</sup>.

Y cosa curiosa, don Marcelino, que había renunciado intencionadamente a la profesión de literato, viene a ser, en opinión de Unamuno <sup>28</sup>, el primer escritor de su siglo.

Como historiador y crítico de las obras estéticas, sus libros tienen un valor y a la vez un encanto superior a cuanto pueda decirse; porque sobre el mérito de recoger del saber antiguo una enorme cosecha de noticias, sabe libar también el néctar de poesía que hay encerrado en todo saber humano y darle una forma de expresión que aúna la precisión analítica del juicio y la brillantez de las síntesis geniales. Y todo con una sinceridad humilde y noble <sup>29</sup>.

La sinceridad es una de las cualidades más destacadas en Menéndez Pelayo. El condena toda afectación como mala y nociva <sup>30</sup>; proclama norma eterna del arte el ideal de sencillez y pureza <sup>31</sup>; confiesa que el mejor estilo es el que menos lo aparenta <sup>32</sup>; por fin, se lamenta de que en su juventud se dejara llevar del mal de la época pagando algún tributo a la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba <sup>33</sup>.

---

<sup>27</sup> Cf. SANCHEZ DE MUNIAIN, *Antología General*: Introducción, p. 115\*.

<sup>28</sup> Cf. *Id.*, o. c., p. 111\*.

<sup>29</sup> Cf. *Id.*, o. c., p. 110\*.

<sup>30</sup> SANCHEZ DE MUNIAIN, 598.

<sup>31</sup> *Id.*, 494.

<sup>32</sup> *Id.*, 597.

<sup>33</sup> *Id.*, 597.



Esta transparencia, sencillez y naturalidad de su frase, radica en la formación eminentemente clásica de don Marcelino. Pocos como él habrán llegado a calar tan hondo en el conocimiento de los autores clásicos, sobre todo latinos, y en pocos habrá arraigado tan profundamente la convicción del valor insustituible de la formación clásica. El amor a los clásicos lo llevaba en la sangre, lo había mamado desde su primera educación. La serenidad, el equilibrio, la armonía —es confesión suya— «no se adquiere en el caos de la literatura moderna, sino en la temprana y por algún tiempo exclusiva contemplación de los modelos de Grecia y Roma» <sup>34</sup>.

Menéndez Pelayo era un humanista criado a los pechos de la cultura clásica. Enamorado de Platón, de Horacio y de los grandes modelos del mundo antiguo, no podía disimular la predilección que por ellos sentía. El cultivo amoroso y constante de las letras clásicas dejó en su espíritu aquella serenidad y ecuanimidad que tanto le dispusieron para la objetividad científica, consecuencia de un amor sincero a la verdad. Este amor a la verdad era en don Marcelino un culto sagrado, que rimaba perfectamente con su credo de ferviente católico y la sinceridad de su formación clásica. Ciudadano libre en la república de las letras, sabía superar los apriorismos de escuela y remontarse por encima de los prejuicios partidistas. En sus juicios y apreciaciones procederá siempre con absoluta libertad e independencia. Retrato vivo de su alma apasionada por la verdad es este párrafo que voy a transcribir: «La verdad científicamente profesada, la intimidad solitaria con las ideas, tienen la escondida virtud de componer, de ordenar, de medir, de una manera grave, y, por decirlo así, rítmica las acciones, las palabras y hasta el gesto y el ademán de quien la profesa. El escribir bien, en su sentido más profundo, esto es, el escribir conforme a la realidad, conforme a lo que las cosas son, y conforme se reflejan en el espíritu libre y purificado de las nieblas de la pasión, no es solamente acto y deber literario, sino acto y obligación moral, porque al fin y al cabo

---

<sup>34</sup> Id., 858.

el arte que hace respirar al mármol o extiende sobre la tela los colores, dándole la animación de la vida, o infunde eternidad a las palabras voladoras, no es más que una forma y manifestación del arte principal y soberano en que todos debemos ser artistas: del arte de la vida, la cual cada día y cada hora debemos purificar y embellecer más, para hacerla digno templo de las obras del espíritu»<sup>35</sup>.

Así era de noble y elevado el ideal de la vida y de las actividades de don Marcelino. En su programa estaba condenada toda mira mezquina, reflejo de un alma sujeta a apetencias vulgares. Proscribía la improvisación como escuela, que a la larga vicia y echa a perder las mejores naturalezas<sup>36</sup>. Grita contra la ligereza en tratar los temas científicos, con una desenvoltura y frivolidad que desentona de la gravedad de los mismos<sup>37</sup>. Ataca con la mayor energía la insinceridad y vaciedad del estilo oratorio, que va tras de la imagen, la expresión original, la paradoja o la ingeniosidad, y que, por lograr un efecto, no duda en sacrificar lo exacto y preciso a lo brillante<sup>38</sup>.

¡Bello ideal el de don Marcelino, claro, elevado y transparente como el sol que domina el firmamento! En su conducta de ciudadano y de escritor campean tres virtudes: la seriedad científica, el amor patrio y su acendrado catolicismo. Bien puede ser por tanto la vida de este sabio, que España entera acaba de homenajear, un espejo en que se miren los intelectuales de nuestro tiempo. Su programa ideológico, convenientemente difundido y asimilado, ayudará a consolidar los cimientos de la cultura moderna. Afortunadamente a lo largo de este año centenario se ha hecho una siembra abundante de las ideas del maestro. Deber de todos es ahora cultivar amorosamente esta semilla y disponernos a recoger, en un futuro no lejano, el fruto sazonado y exuberante, que hay derecho a esperar de esta siembra.

<sup>35</sup> SANCHEZ DE MUNIAIN, *Antología General*, 492.

<sup>36</sup> *Id.*, 587.

<sup>37</sup> *Id.*, 602.

<sup>38</sup> *Id.*, 600.

## LA EDICION NACIONAL

En el vértice de todos los homenajes de este centenario hemos colocado la Edición Nacional de sus obras <sup>39</sup>. España no podía haber hecho nada más eficaz para perpetuar la memoria y el magisterio de don Marcelino. El eco huidizo de los discursos se irá apagando poco a poco. Los artículos y estudios diseminados en revistas y periódicos irán a dormir el sueño del olvido en los anaqueles de las grandes bibliotecas o en los desvanes de los centros de cultura. Hasta los mármoles de los mausoleos rodarán un día hechos añicos por la mano despiadada y voluble de la fortuna o la acción demolidora de los elementos. En cambio, la pirámide de sus obras, transportada en alas de la Edición Nacional a todas las zonas y latitudes del planeta, permanecerá tal vez como único recuerdo del centenario, desafiando, enhiesta y eficaz, la acción implacable del tiempo y la misma malicia de los hombres.

Centinela insobornable, soldado siempre en vela, Menéndez Pelayo estará al acecho, atrincherado en los volúmenes de la Edición Nacional, dispuesto a batirse con cuantos intenten tor-

---

<sup>39</sup> MENENDEZ PELAYO, *Obras Completas*. Edición Nacional. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas [Santander, Aldus]. 1940 (en publicación); 62 volúmenes, 21, 5 centímetros. Contenido:

I-V. *Historia de las Ideas estéticas*.

VI-XII. *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*.

XIII-XVI. *Orígenes de la novela*.

XVII-XXVI. *Antología de poetas líricos castellanos*.

XXVII-XXVIII. *Historia de la poesía hispano-americana*.

XXIX-XXXIV. *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*.

XXXV-XLII. *Historia de los heterodoxos españoles*.

XLIII. *Ensayos de crítica filosófica*.

XLIV-LIII. *Bibliografía hispano-latina clásica*.

LIV-LVII. *Biblioteca de traductores españoles*.

LVIII-LX. *La Ciencia española*.

LXI-LXII. *Poesías*.

Una reseña sobre la Edición Nacional puede verse en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos» LXII (1956), 338-341.

cer los derroteros de la sana y auténtica cultura. Desde las páginas de sus obras, el infatigable defensor de la buena causa desbaratará la acción de sus enemigos, voceando contra ellos con la eficacia y energía que le fueron características. Las 30.000 páginas de la Edición Nacional serán otras tantas lenguas que clamarán sin cesar con serenidad imperturbable y dialéctica convincente contra los importadores de ideas bastardas y falaces. La cultura española y occidental tendrá en las obras de Menéndez Pelayo una línea defensiva de primer orden, con tantos baluartes y puestos de concentración y ataque, cuantos sean los lugares donde se vayan hacinando los sesenta y tantos volúmenes de la Edición Nacional.

Esta Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo, financiada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, prologada por José Ibáñez Martín y dirigida sucesivamente por Miguel Artigas, Angel González Palencia, Rafael de Balbín Lucas y Enrique Sánchez Reyes, quizás sea la más amplia colección de textos de un autor realizada en España en la última centuria. Severos Aristarcos podrán señalar en ella puntos susceptibles de mejora y enmienda. ¿Qué obra humana no los tiene? Pero nadie, que la juzgue con serenidad, dejará de reconocer su valía y aplaudir el propósito de sus iniciadores: reunir en un conjunto orgánico toda la producción impresa e inédita del polígrafo santanderino y ponerla al alcance de cuantos se interesan en España y fuera de ella por las obras de auténtico valor cultural. Magnífica empresa ésta, que honra por igual a España y a Menéndez Pelayo.

Cuando dentro de poco quede terminada esta Edición Nacional, en el último de sus volúmenes, se podrán grabar sin adulación ni engaño aquellas palabras que de sí pomposamente escribiera el poeta predilecto de don Marcelino, Horacio de Venusia:

«Non omnis moriar, multaue pars mei  
Vitabit Libitinam; usque ego postera  
Crescam laude recens»<sup>40</sup>.

---

<sup>40</sup> HOR., *Carm.* III 30, 6-8.

## LA ANTOLOGIA GENERAL

El Centenario de Menéndez Pelayo ha sido pródigo en homenajes y fecundo en producción literarias sobre la vida y obras del escritor santanderino. Nadie, que yo sepa, ha hecho aún el recuento de la labor bibliográfica de este año. Falta aún perspectiva para recoger con exactitud y detalle todo lo que sobre don Marcelino se ha escrito en este año jubilar. El resultado de esta ordenación bibliográfica será sin duda sorprendente y la tarea no tan fácil como a primera vista pudiera parecer. Don Enrique Sánchez Reyes o don José Simón Díaz, tan versados ambos en bibliografía menéndezpelayista, es de esperar que no tardarán en acometer esta provechosa tarea.

Mientras tanto es digna ya de notarse la tendencia bien marcada a la multiplicación de antologías. Ello es ya una prueba del interés que despierta el escritor santanderino y a la vez de que la anchura de su obra ingente y polifacética resulta del todo punto inabarcable. Con las antologías anteriormente publicadas, son por lo menos quince las antologías registradas hasta la fecha <sup>41</sup>. No es, pues, fenómeno raro ni digno

---

<sup>41</sup> Por orden cronológico, las antologías son las siguientes:

JORGE VIGON, *Historia de España seleccionada en la obra del maestro*. Madrid, Gráf. Universal, 1.ª ed., 1934.

A. CAYUELA, *Menéndez Pelayo orientador de la cultura española*. Colección sistemática de pasajes de interés general. Madrid, Editorial Nacional, 1939; 2.ª edic., 1954.

E. GONZALEZ-BLANCO, *Menéndez Pelayo y sus ideas*. Recopilación e introducción, Santander, 1940.

P. LAIN ENTRALGO, *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales*. Madrid, Inst. de Estudios Políticos, 1944.

A. TOVAR, *La conciencia española*. Prólogo y selección de textos. Madrid, Edit. EPESA, 1948.

O. MARKET, *La estética del idealismo alemán*. Selección y prólogo. Madrid, Edit. Rialp., 1954.

C. LASCARIS COMNENO, *La filosofía española*. Selección e introducción. Madrid, Edit. Rialp., 1955.

F. PEREZ EMBID, *Textos sobre España*. Madrid, Biblioteca del Pensamiento actual. Edit. Rialp., 1955.

de especial mención la aparición de una antología más, ni habría por qué ocuparse singularmente de ella. Revela sólo el deseo, cada vez más intenso, de que el pensamiento de Menéndez Pelayo sea más y más conocido y difundido en todas sus múltiples manifestaciones, para que así sea cada día mayor su influjo en los escritores y hombres cultos de nuestro tiempo. Y como no todos tienen oportunidad ni holgura para manejar directamente la mole imponente de su obra completa, vienen las antologías a ofrecer, en forma sistemática y de fácil consulta y asimilación, la doctrina de Menéndez Pelayo sobre puntos importantes de una determinada temática. Gran utilidad por cierto la de las antologías y gran recurso para actualizar el pensamiento de un autor.

Son muchas, ya lo hemos dicho, las antologías de Menéndez Pelayo, y no habría por qué insistir en este fenómeno, que casi resulta ya una moda publicitaria. Sin embargo incurriría en una lamentable omisión, si en estas notas conmemorativas del centenario de don Marcelino, no me detuviera a presentar y elogiar como se merecen dos de las antologías recientemente publicadas. Me refiero a la *Antología General de Menéndez Pelayo*, recopilada por don José M.<sup>a</sup> Sánchez de Muniáin <sup>42</sup> y a la

---

P. SAINZ RODRIGUEZ, *Marcelino Menéndez Pelayo. La mística española*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1956.

E. HERNANDEZ-VISTA, *El mundo clásico visto por Menéndez Pelayo*. Madrid Editora Nacional, 1956.

M. BAQUERO GOYANES, *La novela española vista por Menéndez Pelayo*. Madrid, Editora Nacional, 1956.

E. DIEZ ECHARRI, *La poesía española vista por Menéndez Pelayo*. Madrid, Editora Nacional, 1956.

H. JURETSCHKE, *El romanticismo europeo visto por Menéndez Pelayo*. Madrid, Editora Nacional, 1956.

A. CARBALLO PICAZO, *La teoría de la literatura vista por Menéndez Pelayo*. Madrid, Editora Nacional, 1956.

J. M. SANCHEZ DE MUNIAIN, *Antología General de Menéndez Pelayo*. Recopilación orgánica por materias. Prólogo de Mons. Angel Herrera Oria. Dos tomos. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1956.

<sup>42</sup> Cfr. la referencia bibliográfica en la nota anterior.

que nos ofrece don Eugenio Hernández-Vista bajo el título de *El mundo clásico visto por Menéndez Pelayo*<sup>43</sup>.

No significa esto un juicio desfavorable para las demás antologías que han ido apareciendo. Pretendo sólo subrayar el mayor interés que, para los lectores de nuestra revista, ofrecen las dos antologías que acabo de mencionar: la una, la del señor Muniáin, por su carácter general y por un conjunto de cualidades de recopilación y de edición que no dudo en calificar de *reina de las antologías de Menéndez Pelayo*; la otra, la del señor Hernández-Vista, por su enfoque especial de revalorización de los estudios clásicos a través de toda la obra de don Marcelino.

Viniendo ya a la antología del señor Muniáin, es obligado confesar que uno de sus muchos méritos es haber sabido poner en manos del público culto la labor ingente de don Marcelino en una recopilación orgánica, que representa un 90% de su obra total. Esto es de un interés práctico extraordinario. Con esta antología la Edición Nacional, lejos de perder interés, está en condiciones de rendir todo el fruto que había derecho a esperar de ella. Puede sentirse ufana la BAC., de la obra que acaba de incorporar a su colección. Será ella uno de los mejores frutos del centenario.

Esta recopilación, preparada durante varios años de paciente labor por el docto catedrático de Estética de la universidad de Madrid, en rigor, no es una antología; es más bien todo Menéndez Pelayo, articulado y sistematizado perfectamente por materias, y reunido en dos tomos, con un total de 3.563 páginas, en papel biblia, de fácil manejo y de coste asequible a cualquier estudioso de mediana fortuna. Por eso tanto la BAC., como el docto compilador merecen por la tarea realizada los más cálidos elogios.

De ello se ocupa, con la competencia que le es propia, Mons. Herrera Oria, obispo de Málaga, al terminar el prólogo con que honra esta edición. Su juicio, por lo sereno y autorizado, nos dará un concepto adecuado de esta Antología Ge-

---

<sup>43</sup> Cfr. nota 41.

neral del señor Muniáin. He aquí algunas de las ideas del ilustre prologista:

«La *Antología General* encierra todo lo que al público culto puede interesar del gran polígrafo.

El señor Sánchez de Muniáin ha realizado una labor penosa, paciente, concienzuda y sabiamente orientada. Tras de una detenida y reiterada lectura de todas las obras del maestro ha procedido a ordenar los textos con criterio constructivo. Ha recogido amorosamente todos los materiales referentes a un mismo asunto, y con tino ha compuesto con ellos un cuerpo de historia o de doctrina.

Ofrece la *Antología* una interesante sección de juicios doctrinales. Menéndez Pelayo, es, ante todo, un historiador noblemente apasionado, con pasión que nunca daña a la verdad; un crítico literario incomparable y un profesor de estética de primer orden.

Ofrece además la *Antología* cuatro historias: la general y cultural de España, la religiosa de España, la de las ideas estéticas y la de la literatura española.

Los textos se encuentran hábilmente ordenados, bien titulados y compuestos con gran sentido tipográfico. El acierto de haber numerado los párrafos facilita extraordinariamente la cita de los textos.

El señor Sánchez de Muniáin ha puesto una elegante introducción a la *Antología*. No es en ella el menor de los aciertos la justa estimación que el competente catedrático de Estética hace del estilo de Menéndez Pelayo.

Merecen, finalmente, elogio los copiosos índices finales de nombres e ideas, preparados por don Alejandro Sierra de Cózar»<sup>44</sup>.

A continuación Mons. Herrera manifiesta su deseo de que estos dos tomos de la BAC., vayan a manos de nuestra juventud estudiosa; pues no sólo los estudiantes universitarios; también los del bachillerato preuniversitario están en condiciones de comprender perfectamente el pensamiento de Menéndez

---

<sup>44</sup> SANCHEZ DE MUNIAIN, *Antología General*, pp. 95\*-97\*.



Pelayo. Por lo demás los textos del ilustre santanderino son la mejor escuela de patriotismo; un patriotismo sabio, ponderado, profundo; un patriotismo abierto y generoso en armonía con el alma de los jóvenes.

Realmente la difusión de esta *Antología General* contribuirá sin duda a un mayor conocimiento del pensamiento de Menéndez Pelayo. Reunidos en unidad orgánica materiales dispersos, y algunos hasta hoy poco conocidos o inéditos, la *Antología* puede ser una revelación aun para los más familiarizados con los escritos de don Marcelino.

El juicio sobre el carácter de los españoles, los conceptos de crítica literaria y de las relaciones entre el arte y la moral, las invectivas contra el periodismo de su tiempo y el estilo oratorio de los sembradores de palabras, la pena y sentimiento que manifiesta por la postración de la cultura en España, su entusiasmo por los clásicos, todo esto y mucho más, visto a la luz de la *Antología General*, deja en el alma una impresión más clara y firme del pensamiento de su autor.

No es exagerado afirmar que esta *Antología*, comparada con cada una de las obras de Menéndez Pelayo e incluso con varias de ellas juntas, las supera a todas en riqueza doctrinal y valor informativo y es más eficaz que todas ellas.

Justo es, pues, que auguremos a estos dos tomos de la *Antología General* una acogida entusiasta y una extraordinaria difusión entre el público culto hispanoamericano. ¿Qué mejor premio a la meritoria labor del señor Sánchez de Muniáin y al esfuerzo de la BAC? Con ello ganará mucho la causa de Menéndez Pelayo y con él la causa de España y de la verdadera cultura.

#### EL MUNDO CLASICO VISTO POR MENENDEZ PELAYO

Hora es ya de que nos ocupemos de la antología del señor Hernández-Vista, cuyo sólo título —idéntica al que encabeza este párrafo— despierta interés y simpatía entre los cultivadores de las humanidades clásicas.

El autor parte de la idea de que Menéndez Pelayo es, ante

todo y sobre todo, un humanista, que muy pronto logrará el ideal de la clásica *sophrosyne*, que desde su primera juventud es la meta de sus aspiraciones.

El humanismo clásico no es en él un elemento advenedizo o puramente decorativo; es algo sustancial en su vida, algo que informa y da unidad y armonía a su pensamiento, algo que radica en lo más profundo de su ser y mueve su pluma de escritor desde su adolescencia hasta su madurez. A la luz de su temprana formación clásica es como puede entenderse el proceso de su desarrollo intelectual plasmado sucesivamente en la serie ininterrumpida de sus obras.

Esta posición inicial es el punto de partida para entender el enfoque y estructuración de la presente antología. No puede conocer a don Marcelino quien se engolfa de rondón en sus obras de madurez. Para conocerle y comprenderle plenamente hay que ir al hontanar de su formación, eminentemente clásica, hay que examinar las raíces de su alma, y luego ver crecer el árbol de su recia personalidad rico en amenas sombras y en sabrosos frutos. Sus grandes obras —*Ciencia Española, Heterodoxos, Ideas Estéticas*— hunden sus raíces en el cultivo amoroso y apasionado de los autores clásicos, cultivo que acompañó a Menéndez Pelayo desde su mocedad hasta su muerte. De ellos aprendió aquella serenidad, aquel equilibrio, aquella armonía de que hace gala ya en su temprana edad, y que, con un dominio cada vez mayor, se van apoderando de él hasta llegar a la obras de la última etapa de su vida.

De aquí arranca en el señor Hernández-Vista una nueva postura para la valoración de las poesías de Menéndez Pelayo, problema tan discutido, porque no se ha sabido armonizarlo con la formulación de su ideal estético, que es el resultado de su formación clásica.

Para un buen conocedor de don Marcelino no es exagerada la afirmación de que, si Menéndez Pelayo fué lo que fué, se debió principalmente a haber sabido informarse desde su niñez y adolescencia de los grandes maestros de la antigüedad. Homero y Virgilio, Píndaro y Horacio, Demóstenes y Cicerón, Platón y Séneca depositaron gérmenes de su genio en

el alma privilegiada del joven santanderino. Al contacto con ellos se abrió su mente y su corazón a las maravillas del mundo estético. La influencia de estos grandes maestros se dejará sentir en toda su vida literaria.

Es sintomático que las ideas que asoman más frecuentemente a su pluma sean precisamente las de calma, armonía, equilibrio, forma, idea pura, gusto estético. En ellas se refleja sin duda el estado de su espíritu. Bien es verdad que en determinados pasajes polémicos deja asomar el alma arisca e intrépida del pueblo ibérico, pero bien pronto sus facultades se serenán a merced de la calma y equilibrio, que es la tónica normal de sus escritos.

Menéndez Pelayo no escribió ninguna apología directa de las humanidades clásicas. Multiplicó, eso sí, los elogios y frases laudatorias siempre que se le presentó la ocasión. Pero es que toda la obra de don Marcelino ¿no es una defensa vigorosa y acuciante en favor de «la temprana y por algún tiempo exclusiva contemplación de los modelos de Grecia y Roma?»<sup>45</sup>.

Él no quiso mirar la antigüedad clásica ni como jurista, ni como filólogo, ni siquiera como crítico o historiador, que fué su vocación más decidida; quiso más bien mantenerse en la línea de los grandes humanistas del renacimiento y ver el mundo clásico, plasmado por Platón, idealizado por Horacio, a la luz del doble credo, estético y cristiano, arraigado en su alma desde su primera formación.

Razón ha tenido Don Enrique Sánchez Reyes para subrayar en su reciente obra «*Don Marcelino*» (Santander, 1956), la condición *humanística* de su biografiado; porque, como dice él en el prólogo, «estoy convencido de que el humanismo es el rasgo más característico de su personalidad. Fué más humanista que polígrafo..., más que crítico literario..., más que historiador de la filosofía y de la estética y de la religión, aunque en todas estas ramas de la erudición y de la ciencia brillará portentosamente».

Estaba tan compenetrado con el ideal clásico de los anti-

---

<sup>45</sup> SANCHEZ DE MUNIAIN ,O. C., 858.

guos escritores que su formación se transparenta en toda su obra. Esto explica en parte la falta de unidad y armonía que se nota en esta antología. Los textos son bloques arrancados de las diferentes obras de Menéndez Pelayo. Allí enmarcados en la obra, como en monumento artístico, el autor supo darles ambiente y vida.

Así y todo, la lectura de la mayor parte de estos textos infunden en el alma del lector una corriente de entusiasmo y simpatía que sólo los grandes escritores saben comunicar a sus obras. Realmente la prosa de Menéndez Pelayo tiene un no sé qué de frescura, encanto, y brío que cautiva aun en nuestros días. Por eso tal vez ha querido el compilador presentarnos en seco los diferentes bloques de la antología, sin argamasa personal, que, si bien hubiera podido servir para rellenar algunos huecos y salvar algunos baches dando una mayor sistematización al conjunto, también es cierto que podría haber restado frescura y viveza a la frase del maestro.

Imposible seguir al detalle la marcha de la antología. Comienza con un capítulo sobre el culto a la belleza, preocupación constante de Menéndez Pelayo. En la semblanza de Camús idealiza el arquetipo del auténtico humanista. Sigue una serie de textos en confirmación del culto que tributaron a la belleza los grandes escritores de Grecia y Roma. Comienza por los antiguos sofistas y termina en San Agustín. Capítulo aparte merecen los escritores hispanoamericanos, que en el alma españolista de don Marcelino ocuparon un lugar de preferencia. Luego, en sucesivos capítulos, se reúnen los textos principales referentes a la mujer y el amor en la antigüedad, la tragedia griega, la historia y la novela, cultura romana y artes mágicas, valor educativo de Grecia y Roma, en contraste manifiesto y doloroso con la decadencia de las letras clásicas en la España del siglo XIX.

Mención especial merece el capítulo dedicado a Menéndez Pelayo traductor de los clásicos. En él se recoge la doctrina del maestro sobre la técnica de la traducción, sobre todo artística, y a la vez se presentan varias muestras de sus traducciones en prosa y en verso. En ellas se ve el empeño de Menéndez Pelayo por salvar en su integridad el mensaje estético

de los grandes escritores de la antigüedad clásica. Para ello no duda en amplificar y parafrasear, cuanto se necesita, el texto antiguo. Lo importante es recoger todos sus valores estéticos, aun los más sutiles, difíciles de conservar muchas veces en traducciones demasiado ceñidas. Entre la literalidad y la elegancia, él propende a esta última. Esto, y la precipitación con que solía desarrollar sus tareas de escritor, explica más de un fallo en sus traducciones. Era él uno de los que, más que espuela, necesitaba freno para el trabajo.

En conclusión. En la antología que nos ocupa están ya reunidos los materiales para un estudio serio sobre la postura de Menéndez Pelayo ante el mundo clásico. Este estudio, afortunadamente, nos lo anuncia para fecha próxima el mismo compilador de la antología. La idea iba madurando en él al paso que avanzaba en la lectura de las obras del gran santanderino y conforme iba elaborando su obra antológica. Buen augurio a favor de la valía de esta obra, que los amantes de la cultura clásica esperamos con ilusión, es el galardón que el autor ha recibido en uno de los certámenes del centenario <sup>46</sup>.

Pero además —y esto es tal vez lo más importante— la antología del señor Hernández-Vista es una incitación continua a la defensa de las humanidades clásicas, hoy en situación tan poco halagüeña en muchas partes del mundo. Si queremos ser fieles a las directrices del programa ideológico de Menéndez Pelayo, es preciso revalorizar los estudios clásicos e intensificar su cultivo. Don Marcelino sentiría como una profanación de su memoria toda mengua de estos estudios entre nosotros.

Sea cual fuere el rumbo que cada uno tenga que imponer a su vida, una vigorosa formación clásica es un recurso insustituible. Don Marcelino es un ejemplo vivo de ello. Jamás hubiera sido lo que fué sin esta base humanística.

---

<sup>46</sup> Se trata del concurso organizado por el Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras del Distrito Universitario de Madrid. En él ha obtenido el señor Hernández-Vista uno de los tres premios otorgados. El trabajo premiado lleva por título: *Estudio de la interpretación del mundo clásico por D. Marcelino Menéndez y Pelayo*. Cf. «Estudios Clásicos», III (1956), 492.

Se comprende, pues, su afán en propagar el amor a los autores clásicos.

«Quien bebió, dice, de temprano en tales fuentes nunca pierde el rastro ni el hábito de ellas. Es como la buena educación social, que del todo no se pierde nunca»<sup>47</sup>. Y es tan profundo el sentimiento que tiene de la eficacia del cultivo de las letras clásicas, que sostiene que sin ellas, particularmente sin el ejercicio de la lengua latina en prosa y en metro, «ni Fr. Luis de León ni Arias Montano hubieran llegado a donde llegaron como poetas castellanos, ni hubieran caldeado y modelado nuestra lengua de la manera que lo hicieron, si antes no hubiesen descollado como poetas latinos... Ni a Mariana le llamaríamos hoy el Tito Livio español, si antes no hubiese ensayado en su propia lengua la imitación del egregio narrador paduano»<sup>48</sup>.

El aspecto humanístico de sus maestros lo exalta Menéndez Pelayo con un entusiasmo que contagia. Hablando de Camús dice elogiosamente: «No era aquel hombre un filólogo, en el riguroso sentido de la palabra; respetaba mucho a los que lo son, pero no se atravesaba en su camino. Entendía que las palabras son piedras, y que las obras literarias son edificios; y más que contemplar la piedra en la cantera, gustaba de verla sometida ya a las suaves líneas de la *euritmia* arquitectónica. Entendía, y no faltará quien entienda como él, que el mayor fruto que puede sacarse del dominio de una lengua no es el estudio de sus raíces ni de su vocabulario, sino el estudio de sus grandes pensadores, y de sus grandes poetas»<sup>49</sup>.

---

<sup>47</sup> SANCHEZ DE MUNIAIN, 849.

<sup>48</sup> Id., 866.

<sup>49</sup> *Edit. Nacional*, t. XLIII, 10-13. Menéndez Pelayo fué, más que filólogo, «humanista», es decir, «un hombre —son sus palabras— que toma las letras clásicas como educación humana, como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu, poniendo el elemento estético muy por encima del elemento histórico y arqueológico, y relegando a la categoría de andamiaje indispensable, aunque enojoso, el material lingüístico» (SANCHEZ DE MUNIAIN, 615). Su ideal, ya desde adolescente, fué sentir la antigüedad, no sólo conocerla, porque decía él: «Bueno es saber la antigüedad, pero todavía es cosa más rara y más delicada y más exquisita

Y limitándonos ya a los libros de Menéndez Pelayo, ¿porqué no cansan ni aburren? ¿Porqué se nos pegan a las manos y parece como que un aliento y aroma embriagador se desprende de ellos? Es que están impregnados del néctar de las grandes obras; es que un fuego misterioso los vivifica, el fuego de su primitiva formación clásica. A sus escritos podríamos aplicar las palabras de Virgilio: «agnosco veteris vestigia flammae»<sup>50</sup>.

\* \* \*

Termino con esta idea. Farinelli llamó a Menéndez Pelayo maestro, guía y voz de todo un pueblo. Por su boca habló la España del pasado a la España del presente y del porvenir. Obligación nuestra es estar atentos a su voz, recoger agradecidos su mensaje y darle vida en nosotros. Es la mejor manera de reconocer su magisterio, la forma más eficaz de prolongar los frutos del centenario.

Cuando Menéndez Pelayo terminó el primer tomo de la *Historia de las ideas estéticas*, tuvo el rasgo, muy significativo, de dedicarlo reverente a la memoria de su maestro Milá y Fontanals estampando en él las conocidas palabras del Dante; yo al terminar estas notas, eco de las fiestas conmemorativas del gran escritor santanderino, no puedo resistirme al deseo de estampar también aquí las palabras de referencia, como expresión de mi más ardiente voto por el triunfo del idealismo de tan esclarecido maestro:

«*Tu duca, tu signore e tu maestro*»

JOSE JIMENEZ DELGADO, C. M. F.,

---

sentirla, y sólo sintiéndola y viviendo dentro de ella se adquiere el derecho de ciudadanía en Roma y en Atenas» (Id., 613).

<sup>50</sup> VIRG., *Aen.* 4, 23.